

050
UR

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE DE 1912

Año V

(Continuación de la Revista)

No. 21



Federación Universitaria

Adherida a la "Corda Fratres"

VERBUM

ÓRGANO DEL CENTRO ESTUDIANTES
DE
FILOSOFÍA Y LETRRAS

DIRECTOR

CARMELO M. BONET

Secretario de Redacción

SIDNEY A. SMITH



SUMARIO:

- Centro de Estudiantes:** Los exámenes generales (solicitud al C. D).
- Carlos C. Sanguinetti:** La primera mariposa. (versos)
- Coriolano Alberini:** Deninición del crimen.
- Carlos Obligado:** Miras y te miran. (versos)
- Arturo A. Vázquez:** Condiscipulos.
- José Gálvez:** Himno de los Estudiantes Americanos.
- C. M. B.:** Evaristo Carriego.
- Luis Matharán Aguerre:** A Teresa. (versos)
- C. M. Bonet:** Dos escenas de amor.
- Nerio A. Rojas:** Informe de la delegación al Congreso de Lima.
- Notas de la Redacción:** "La Conquista".—"La bifurcación de doctorado".—"La voz de la piedra".—"El nuevo plan de estudios".

FEDERACIÓN UNIVERSITARIA

CORRIENTES, 2038

NÓNIMA DE DELEGADOS (1912 1913)

DEL CENTRO ESTUDIANTES DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Enrique E. Charles.
José Comaleras.
Fernando Cerdeña.
Héctor Estefanell.
Alfredo Luzio.

DEL CENTRO ESTUDIANTES DE DERECHO

Carlos Alberto Acevedo.
Miguel A. Cárcano.
Leocadio Paz.
Diego R. Traverso.
Felipe S. Pérez.

DEL CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

Carmelo M. Bonet.
Coroliano Alberini.
Alfredo Bianchi.
Alfonso Corti.
Pascual Pasarella

DEL CIRCULO MEDICO ARGENTINO Y CENTRO ESTUDIANTES DE MEDICINA

Nerio A. Rojas.
Alfredo Causabón.
Manuel N. Novas.
Francisco Belgeri.
Alejandro Raitzin.

DEL CENTRO ESTUDIANTES DE INGENIERIA

Julio A. Cores.
Serafín González.
Juan M. Edo.
Luis A. Herbin.
Victor Arias.

CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COMISIÓN DIRECTIVA:

Presidente: Carmelo M. Bonet.

Vice-presidente 1º: Pascual Pasarella.

Vice-presidente 2º: Alcira Villegas.

Secretario: Alfonso Corti.

Pro-secretaria: Matilde González Oregán

Tesorera: Beatriz Burbridge.

DELEGADOS:

Por los egresados: Roberto F. Giusti y Coroliano Alberini

Por el 5º año: Alfredo A. Bianchi y Carlos Obligado.

» » 4º año: Arturo Vázquez y Emilio Ravignani.

» » 3er año: Sidney Smith y Luis Matharán.

» » 2º año: Carlos Sanguinetti y Florian Oliver.

» » año: José M. Texier y Urbano Díaz.

sado, para saber qué dijeron sobre tal problema los pensadores anteriores. Pero nadie, seriamente, va á estudiar la circulación de la sangre en Descartes, ni antropología en Blumenbach, ni psicología en Platón.

En esta clase de materias, el profesor coloca en un rincón del programa, como cosa complementaria ó de simple curiosidad, la parte histórica de su ciencia, y se contenta con que sus alumnos conozcan el núcleo sustantivo de los problemas, los principios angulares de la materia, sabiendo, por su experiencia, que el estudio extensivo y la erudición vendrán después en la lenta y sistemática labor del intelectual ya formado.

Ahora bien: el estudiante en sus pruebas parciales ha demostrado que conoce la síntesis de los fenómenos y problemas que forman como el tejido de estas materias científico-especulativas. De no conocerla, la mesa examinadora no lo hubiera promovido. Luego viene el examen general y se vuelve á pedir la misma cosa: el mismo concepto conjuntivo de fenómenos y problemas: cómo encara, por ejemplo, el problema de la libertad moral; qué entiende, en psicología, por método genético; qué influencia tiene el factor económico en el fenómeno social; qué consecuencias filosóficas desprende, en antropología, de ciertas anomalías somáticas.... Y así, con todas las demás materias de esta índole. El estudiante, entonces, se limita á repetir, punto por punto, lo que preparó para sus pruebas parciales. ¿A qué viene esta repetición? ¿No es caer en un caso de manifiesta redundancia? De lo contrario, sería declarar tácitamente que se piden exámenes generales porque los parciales fueron una ficción, cosa que no puede estar en la mente de ese Consejo Directivo.

En otras asignaturas, en las que hemos llamado de índole histórica, el pasado tiene más importancia que el presente. En la historia de la filosofía encontramos el proceso ascensional del pensamiento humano. En la historia de las distintas literaturas, contemplamos la evolución de las letras á través de los siglos.

Los catedráticos de estas materias no pueden, en los estrechos términos de un año escolar, encerrar tanta centuria de pensamiento y de arte. Por eso intensifican, en lo que esto es posible, el estudio de un período, de una época, de un autor, dando de todo lo demás una reseña ligera. Se sobreentiende que el estudiante, una vez que termine su ciclo universitario, ampliará los conocimientos que desprendió de esa ligera reseña.

En los exámenes parciales de esta clase de materias, el alumno ha rendido sus pruebas en forma intensiva y no analítica. Correspondió á su curso, por ejemplo, la filosofía griega en historia de la filosofía; el Cinque Cento en literatura italiana; el Romanticismo en literatura castellana. Viene el examen general y el estudiante se encuentra con que debe preparar un nuevo curso: En literatura castellana, v. gr., el siglo de oro; en literatura italiana, los trescentistas; en historia de la filosofía, la filosofía moderna.

En estos casos, el examen general no implica una redundancia, pero sí una ampliación de estudios. Más que un examen general, es un examen de estudio complementario. Ahora bien: con el mismo fundamento con que se exige un examen de esta naturaleza, podría requerirse un número indefinido de exámenes, pues que los estudios complementarios no se agotan nunca.

Todo esto está en oposición con los principios pedagógicos que persiguen las universidades, las cuales no tienen, según se ha dicho, como propósito el formar eruditos, el dar á los estudiantes todo el contenido de la caja de los conocimientos—y valga la mala metáfora por lo que tiene de gráfica,—sino el que tengan la llave y la sepan manejar.

No se nos oculta que han llegado á los exámenes generales alumnos de preparación deficiente. Esto no envuelve, sin embargo, un argumento atendible en favor de estos exámenes, pues con ellos ó sin ellos, persistirán parcialmente estas deficiencias. ¿Por qué? Simplemente por-

que los exámenes, en general, y esta es una verdad muy vieja, no son sino una semi-prueba; pocas veces el exponente certero de la capacidad de los alumnos.

Terminada esta exposición de motivos sólo nos resta manifestar nuestra esperanza de que será recibida deferentemente por ese Consejo Directivo, pues no han de serle indiferentes ni nuestros intereses ni la expresión de nuestras aspiraciones. Esperamos que será objeto de una resolución que, como emanada de ese alto cuerpo, no puede ser sino serena y ecuánime.

Saluda al señor decano con su consideración más distinguida.—Carmelo M. Bonet, Alfonso Corti.

La primera mariposa

Siempre igual todos los años.
Cuando el invierno desmaya
y en el huerto se insinúan
los retoños en las ramas,
y florece el duraznero,
y los pájaros se llaman
preludiando sus amores,
yo no sé qué fuerza extraña,
qué designio misterioso
va á golpear á mi ventana . . .

Al entrar dentro mi alcoba
la sutil caricia alada
del primer rayo aurorino,
—alerta de la mañana—
siento como si dos brazos
de mi lecho me arrancaran,
pues que llegaron los días
de beber luz de alborada.

Y yo salgo presuroso,
fugitivo de mi casa;
en los labios una estrofa,
en el cielo la mirada,
voy rondando por las calles
rumbo á una plaza lejana.
Que allí es el gentil asiento
donde ríen y se hermanan,
la poesía de la aurora
y el casto amor de las plantas . . .

Que allí sucumbe la prosa
de las sendas ciudadanas
y se hinche de armonías
la brisa de la mañana,
que sólo el poeta gusta,
que sólo al poeta halaga.

Que allí me siento dichoso
frente al verde panorama
extendido ante mis ojos,
y me parecen que bajan
desde el oriente incendiado
banderas de sol en llamas
que flamean victoriosas . . .

Y la ventolina vaga
fugitiva entre las flores,
ora besando una planta
que despierta estremecida
y de sueño se descarga,
ora rompiendo los broches
de flores inmaculadas . . .

¡Bendito lugar de encanto
y poesía esa plaza!
En una como glorieta
que en el centro se levanta,
hay un banco,—confidente
de mis líricas nostalgias—
ruinoso banco de piedra
besado por una rama
de un árbol viejo y sombrío,
que se le acerca y lo llama
como se buscan los viejos . . .

Y allí voy en las tempranas
horas del día á sentarme,
cuando el invierno desmaya

y la estación de las flores
se está anunciando cercana
en los retoños que brotan
y en los pájaros que cantan.

Siempre igual todos los años:
quiero esperar la llegada
de una blanca mariposa,
la primera, la avanzada
de un cortejo de sutiles
mariposas de alas blancas,
que van á robar dulzuras
á las flores de la plaza.

Volandera mariposa
esa de alas nevadas
que todos los años viene
á visitar á las plantas.
La veo venir desde lejos,
abiertas las blancas alas,
que se me fingen los pliegos
de un mensaje que volara . . .

Y en un revuelo agitado
la veo entrar á la plaza
y posarse jadeante
en un brote de retama,
que al débil peso se inclina
con rubores de zagala,
cual si hubiese comprendido
que, de entre todas las plantas,
ella gustó el primer beso
de la mariposa blanca.

Peró solo un breve instante
permanece allí posada;
Pues de nuevo alzando el vuelo,
va á asentarse en una rama

de un rosal, cuyos botones
se entreabren á la llegada
de la gentil mariposa.

Y tras la caricia blanda
con que desposa á las flores
del rosal con la mañana,
vuela de nuevo la reina
por las flores de la plaza,

Y llega á los alelíes,
y á las florecidas dalias,
y á los rientes jazmines.
y á los claveles que sangran,
y á los lirios que se agobian,
y á las azucenas castas,
y á las humildes violetas,
y en todas deja la maga
visitante de las flores,
la caricia de sus alas
y el beso de sus antenas.
Que es la mariposa blanca
quien trae un mensaje de gloria
á las flores y á las plantas . . .
Mensaje de Primavera,
diosa de luz y bonanza
vestida de poesía,
que da flores á las plantas,
á los pájaros un nido
y al corazón esperanza.
Diosa que viene riendo
y por doquiera derrama
sueños de amor y ventura;
diosa de mágicas galas
que teje ensueños y amores,
que los pesares apaga,
que las congojas ahuyenta,
que enciende anhelos y ansias

en los vivires serenos;
que mueve y alza y contagia
su alegría bienhechora
á los vivires en calma;
que presta lumbre y encanto
juvenil á las miradas;
que pone en una sonrisa
que los labios deshilvanan
espontánea y dulcemente,
una chispa de alborada
interior, íntimo anhelo
de una naciente esperanza . . .
como si un gajo marchito
diera un retoño en el alma . . .
Diosa gentil que hermosea
las tardes y las mañanas
con la sutil armonía
de las dulcísimas áuras,
que remedan las querellas
de violines y de flautas.
Diosa de los días gloriosos,
diosa de las noches blancas,
diosa bendita y amable,
diosa de las Siete Gracias . . .
Yo te aguardo hecho poeta,
llena de luz la mirada,
el corazón palpitando
en la postrera esperanza
que me dejó el infortunio . . .
Esperanza que levanta
mi espíritu á las serenas
regiones de paz y calma,
donde se asocian ideas
de dulces horas de infancia;
donde acuden en tropes
los recuerdos de lejanas
horas de amor y de dicha,
horas que traen nostalgias

de aquellos primeros labios
que ruborosos temblaban
dando el «sí» y el «yo te amo»,
romance de tres palabras,
preludio del primer beso . . .

Por eso todos los años,
cuando esas alitas blancas
que anuncian la primavera
se agitan entre las ramas
despertando la sonrisa
de las flores de la plaza,
cruza en mi mente la idea
de otra mariposa blanca,
que en un pasado lejano
descendió de una ventana
vestida de enredaderas,
abierta sobre esa plaza,
y me trajo la sonrisa
hecha mariposa blanca,
de una mujer de ojos garzos
y dulcísima mirada,
mujer de ensueño insoñado
que abrió una dorada página
en el libro de mi vida,
página en que se señala
la aurora de los amores,
minuto floral del alma
que sólo una vez se vive . . .

Carlos C. SANGUINETTI.

Las definiciones de crimen

Todos están contestes en sostener que la criminalología es la ciencia del crimen pero superabundan divergencias tratándose de fijar el concepto de crimen.

Uno de los más esclarecidos cultores de la criminología, D. Pedro Dorado Montero, ha negado categóricamente la posibilidad y utilidad de definir el crimen.

Para demostrar su criterio negativo comienza por poner de relieve lo inseguro y subjetivo del orden moral, manifestando la diversidad de criterios é igual valor de los mismos; y, como si esto no bastara, acaba por preguntarse si hay hombres honrados y si los hay delincuentes, yendo á parar, como se conjetura desde sus primeras palabras, al más perplejo excepticismo moral.

«Se ha tratado repetidamente, dice, de buscar un concepto del delito por su propia naturaleza é independientemente de la característica legal; antes bien, con el objeto de ofrecérselo ya definido al legislador, para que éste supiera á qué atenerse y no pudiera convertir en delictuosos los hechos que no lo fuesen por sí mismos.

Empeño vano: ó se ha tenido que abandonar la tentativa, ó se ha acabado por reconocer que no hay otros delitos que los considerados y declarados tales en las leyes ó por el arbitrio de los depositarios del poder suprimiendo éste, sea cual sea su forma y sus órganos, no hay ya lugar á hablar de delitos».

De aquí podría inferirse que hasta ahora el único elemento de juicio seguro de que disponemos es la legislación criminal. Pero surge una objeción: ¿Acaso esa legislación no está informada por un criterio ético determinado, criterio que anima cada uno de los artículos del código penal? Volvemos, pues, á lo anteriormente manifestado, es decir, á la necesidad de justificar el criterio que domina en la legislación criminal, consuetudinaria ó positiva.

¿Y cómo justificarlo, si ya hemos sabido, por boca del mismo Dorado, cuán subjetivo y variable es cualquier criterio ético?

El dilema es este: ó el criterio es subjetivo ó no lo es. En el primer caso, quedaría sin explicar la uniformidad de la conciencia social, como lo reconoce el mismo Dorado en otro punto de la obra mentada; y en el segundo, aceptada la existencia de valores éticos objetivos, resultarían injustificables las fluctuaciones del criminalista legislador, puesto que ya está en condiciones de conocer á ciencia cierta la delictividad de tal ó cual acto.

En rigor, no puede decirse que los legisladores promulguen normas éticas en nombre de tal ó cual metafísica jurídica. Precisamente el legislador genial tiene un profundo conocimiento del espíritu y de la psicología ética del pueblo que le cupo en suerte gobernar. Por grande que sea su ascendiente no podrá jamás imprimir modificaciones radicales en la peculiar actividad espiritual de su pueblo. Aún cuando se consiguiera conquistar definitivamente un criterio ético ideal que nos permitiere ofertar al legislador, como quiere Dorado, un concepto seguro del crimen, no sería muy evidente su eficacia en la evolución jurídica criminal del pueblo que le toca gobernar.

No es esta una profesión de fe fatalista; pero es indiscutible que la experiencia jurídica revela la necesidad de transigir con prejuicios, con costumbres anacrónicas, con ilogismos, etc., en la promulgación de las leyes. En una palabra: el legislador—diré—ampliando 'os pensamientos de la escuela histórica alemana, debe tener la visión

clara y penetrante de la herencia social que limita la ductilidad del espíritu individual y el grado de plasticidad social.

En el espíritu de un verdadero legislador no caben jacobinismos jurídicos. Alguien dijo que en materia de ética no hay descubrimientos; y no los hay precisamente porque las normas éticas son generadas por la experiencia social.

Los creadores de valores, según la enfática expresión de Nietzsche, sólo existían en su imaginación hiperbólica; La determinación de los valores éticos consagrados por la conciencia social es el producto de la complejísima actividad económico-psicológica de la colectividad. La ética nada tiene que ver con el individualismo absoluto. La psicología social demuestra que el hombre es un animal gregario dominado por el instinto de imitación: su espíritu está lleno de elementos sociales. El lenguaje, mayor vínculo social, que bien puede llamarse el motor del pensamiento, es, como ha dicho muy bien Shsmoller, la capitalización simbólica del trabajo espiritual de la especie (1).

La ética sólo puede estudiar las manifestaciones volitivas del hombre viviendo en sociedad. Por eminente que fuera nuestra sutileza psicológica, jamás llegaríamos á determinar el grado de actividad individual en la formación del valor ético que la conciencia colectiva erige en dogma. Y aún cuando consiguiéramos despejar tal incógnita, para el psicólogo lo esencial del problema estaría siempre en inquirir cómo un valor ético, que nace pretendidamente en la conciencia individual llega á conquistar la consagración de la conciencia social.

Más adelante, veremos cómo estas consideraciones nos darán los elementos esenciales para pensar en la posibilidad de definir relativamente el crimen.

Por el momento, antes de discutir la definición preconizada por el criminalista belga Hamón, conviene demos-

trar el carácter paradójico y negativo del criterio de Dorado.

«Yo me inclino á creer, continúa el distinguido profesor de la Universidad de Salamanca, que no hay vida ni conducta honrada, ó al revés, que es tal la de todos los hombres, «aunque en grado diverso». Lo que llamamos vida honrada, normal, pacífica, aún en el caso, muy frecuente de que no se halle manchada por verdaderos delitos legales, que hayan permanecido más ó menos ocultos, la constituye un tejido de hechos, en buena parte nocivos para los demás».

Continúa sosteniendo que la vida humana es un delinquir constante y que el obrar que decimos lícito apenas se distingue del delictuoso.

No puede darse nada más claro que el pensamiento de Dorado: si decimos que el criminal es tal porque comete actos revelados de maldad inflijida al prójimo, es evidente que todos somos criminales, adarme más, adarme menos, puesto que para vivir, moral ó amoralmente, siempre tendremos necesidad de contar con un poco de infelicidad ajena. Aun sometiéndonos escrupulosamente á los mandatos del más exigente dogmatismo moral no podríamos librarnos de ser delincuentes, doradamente hablando, se entiende. El juez integérrimo haría obra de delincuente pronunciando un veredicto condenatorio, puesto que con ello se contraviene el más íntimo deseo del criminal: el amor á la libertad, que nos cuidaremos bien de satisfacer con el egoísta propósito de eludir un alto grado de actividad amoral que redundará en detrimento de la felicidad de los que preconizan la justicia social.

Aquí, Dorado, á fuer de hombre más optimista, debió agregar que, si bien todos somos egoístas, que sólo nos movemos para mayor gloria del respectivo «ego», no debe identificarse egoísmo con amoralismo. El egoísmo, el hedonismo psicológico son hechos; pero también es cier-

to que el egoísmo, como todas las cosas, tiene sus grados y calidades. ¿Cabe confundir con justicia la naturaleza del egoísmo de un juez, por ejemplo, con la de un bandido de la talla de Musolino? ¿Son confundibles cuantitativamente un degüello, un despanzurramiento con un lancinante puntapié?

No es sólo cuestión de grado, sí que lo es también de calidad. Y aún cuando lo fuere de puro «grado diverso», en esta variación de intensidad estaría el «quid» del problema. Comprendemos que equivaldría á pagarse de quimeras si intentáramos realizar una evaluación matemática, cuantitativa de la criminalidad contenida en los actos humanos.

El psiquiatra más ducho no daría con el límite indiscutible que pudiera existir entre la sugestibilidad patológica y la normal; y, sin embargo, no incurre en confuciones, no cree que ambos fenómenos sean idénticos por lo inseguro de la distinción cuantitativa.

Todos somos sugestionables en mayor ó menor grado. ¿Cuándo podremos indicar el instante preciso en que salimos de la sugestión normal para entrar en la patológica? No lo sabemos; nadie ha puesto mojones entre ambas. Hay una cuestión de límites; pero el sentido común, que al fin y al cabo no es tan despreciable mal grado ser cosa tan singular, asegura que en nombre de un conflicto limítrofe debemos cuidarnos bien de justificar una invasión desmedida. Dorado, como que no es muy perito en cuestiones de límites, cree que lo más acertado es confundir el dominio de la criminalidad con el de la legalidad, declarando que no hay conducta honrada ó que tal es la de todos los hombres, «aunque en grado diverso».

«Yo me pregunto, dice Dorado en plena perplejidad, á menudo por los hombres honrados, y no los encuentro. Del propio modo que si se prescinde de la característica legal del delito, el delito desaparece, así también, y como consecuencia natural de ella, quitando la cualificación de honradez hecha por la ley, no hay hom-

bres honrados, ó lo somos todos. O es únicamente honrado aquel que jamás ha sido objeto de sentencia penal condenatoria, siendo criminales los que, por el contrario, han recibido condenas de esta clase, ó de prescindir de este criterio judicial, externo, pero seguro, y conocido, no puede saberse que personas merecen el dictado de honrados y cuales otras el de delinquentes».

¿Qué hay una «piccola criminalità», que hay criminales «afortunati» y «scaltri», como los llama Ferriani, que se libran unos y otros no de la mirada de la justicia?

Convenido; pero de las imperfecciones del mecanismo judicial no debe inferirse la no delictividad de los actos.

El criterio negativo de Dorado se explica: se ha empeñado en determinar la delictividad de la conducta humana merced á un criterio ético ideal: no encontrando este criterio, que bien pudiera llamarse la piedra filosofal de los moralistas metafísicos, lógicamente debía ir á parar á la estéril perplejidad mentada.

Tocante á la característica legal del delito como elemento para intentar una definición libre de todo apriorismo ético ideal, hemos de ocuparnos, previa discusión del criterio de un criminalista menos excéptico que Dorado, en punto á definiciones del crimen, aunque más ingenio: me refiero á Hamón.

Contra la opinión de Ferri, expresada así: «Creo, primeramente, que siempre hay tiempo para dar definiciones; porque estas no deberían ser más que síntesis de análisis que las ciencias nuevas, como la antropología y la sociología criminales, no han llevado á cabo aún. Siempre es un resto de hábitos metafísicos el tener prisa por dar definiciones ante todo»—Hamón declara, por el contrario, que es perentorio y posible dar una definición del crimen.

Después de aquilatar cada una de las definiciones

corrientes, termina preguntándose: ¿Existe una definición así? No lo creemos. Y esta creencia continuará después de aducir la definición de Hamón.

Hela aquí: «Crimen es todo acto consciente que lesiona la libertad de obrar de un individuo de la misma especie que el autor del acto».

Ante todo, cabe preguntarse si Hamon ha evitado la deficiencia indicada en las definiciones de Ferri, Corre, Tarde, Manouvrier, Gorofalo, Colajanni, etc. ¿La definición de Hamón excluye, acaso, la variable característica legal del crimen? De ninguna manera. En primer término, cabe preguntarse á qué clase de libertad hace alusión el autor. Si se refiere á la libertad civil, no olvidemos que el hecho de violarla no es crimen en todas las épocas y lugares. La libertad civil violada sólo es crimen en virtud de las disposiciones de la legislación positiva. La esclavitud hoy sería un crimen; no lo fué en la antigüedad, en Roma, por ejemplo.

Como se ve, esta definición no excluye la característica legal del crimen. Por lo demás, no se explica porque ha de ser un crimen lesionar la libertad de un individuo. Con semejante criterio resultaría que á las cárceles, más que los criminales, van á parar las víctimas de los criminales, puesto que apenas habrá individuo más criminal que el mismo juez del crimen. ¿Su función no consiste acaso, en lesionar la libertad del criminal?

Y lo que es más singular aún: la fórmula del derecho, tal como la conciben Kant y Spencer, sería, según el criterio de Hamón, esencialmente criminal, puesto que la vida gregaria impone una recíproca delimitación de las voluntades, ó, lo que es lo mismo, de la libertad individual en ventaja de la colectividad.

La definición es, además de vaga, exclusivista. «Es crimen todo acto consciente que lesiona la libertad de obrar de un individuo de la misma especie que el autor

del acto». No hay más que ver las palabras entre comillas, para convencerse de que la definición es digna del más empecatado jurista discípulo de Descartes. ¿Se ha olvidado Hamón de que en la antigüedad hubieron religiones zoolátricas? En el antiguo Egipto ningún crimen más grande que el de lesionar á los animales sagrados. De todo esto se infiere, pues, que la definición de Hamón es digna de ser repudiada por su propio progenitor.

Las definiciones que hemos terminado de criticar no han sido traídas á colación con el exclusivo propósito de evidenciar sus defectos. Motivos de mayor peso me han movido. En primer término, el ya en parte insinuado referente á la imposibilidad de definir el crimen prescindiendo en absoluto de todo criterio ético positivo y por ende variable en el tiempo y en espacio, que no debe confundirse con el criterio ético ideal que buscan los moralistas metafísicos; y en segundo, porque creo que desde el punto de vista de la psicología criminal es posible dar una definición del crimen contando precisamente con los elementos repudiados por Hamón.

La delictividad de los actos humanos puede determinarse de acuerdo con dos criterios: uno que pudiéramos llamar positivo y otro ideal.

En cuanto al segundo, destinado á evitar todo lo aleatorio y contingente en la definición del crimen, puede darse como ejemplo todos los sistemas éticos perfeccionistas.

Spencer, si bien no es perfeccionista á la manera de Kant, lo es en cierto modo, puesto que intenta deducir la noción del crimen de las leyes naturales de existencia, es decir, de las acciones que tienden á generar la felicidad del género humano.

Otros en cambio, Garófalo, por ejemplo, empleando el método inductivo, han tratado de ecogitar de en me-

dio de la extrema variabilidad de las formas del crimen, á través del tiempo y del espacio, algunas formas estables de delincuencia, que recibirían el nombre de «delitos naturales».

El intento sería, á mi manera de ver, supérfluo, puesto que si se pretende con semejante procedimiento conquistar una noción del crimen por encima de la contingencia de las leyes jurídicas, no echemos en olvido que no se podrá llegar á ella sino en virtud del estudio prolijo de la evolución jurídica de todos los pueblos; y aún cuando se llegara á descubrir el tal delito natural, éste sería precisamente el más jurídico de todos los delitos. Quieras que no, en este punto cardinal, es imposible eludir la esfera jurídica. El crimen es un fenómeno social, eminentemente jurídico y psicológico.

Me inclino á creer que sería un estudio interesantísimo de psicología social el de describir el determinismo psicológico de la evolución jurídica. Verdad es que hay escuelas que lo relegan en segundo término: las de filiación marxista. Pero no puede negarse que dentro del dinamismo económico de las sociedades existe un dinamismo psicológico tan evidente y tan digno de ser estudiado como el primero si no nos dejamos obnubilar por el sectarismo científico.

Todos los criminalistas, merced al estudio comparativo de las formas del crimen, han llegado á esta conclusión trivial, á fuerza de repetirla: las formas del delito varían temporal y especialmente.

Veamos algunos ejemplos: harto sabemos que el infanticidio y el aborto no fueron crímenes en Esparta. Verdad es que el infanticidio no era delictuoso en tratándose de niños enclenques. Del mismo parecer fué Nietzsche; sabemos que sintió tentaciones de restaurar la Roca Tarpeya.

En Egipto, en Persia y entre los Incas no era reprochable el incesto.

Agamemnon, dice Tarde, no fué un criminal nato, ni siquiera de ocasión inmolando á su hija.

La piedad es el móvil del parricidio entre algunos indios de la Patagonia.

Actualmente los grandes centros urbanos, el adulterio no pasa de ser un pecadillo venial. Mayor reprobación alcanza en la campaña.

Bien pudiera ser, dice Tarde, con gracia, que en lo futuro la manía de versificar sea un fenómeno de atavismo, un robo de vuestra jornada de trabajo hecho á la comunidad.

Con la mayor buena fe cometemos actos que algún día nos traerán fama de criminales natos.

Se ha dicho por otra parte, que en todos los tiempos y lugares ha habido crímenes comunes, verbigracia, robar y matar á las personas del mismo grupo. Pero esto no excluye la variabilidad, no autoriza á pensar en el tipo del crimen natural. Para una sociedad dada, tan natural y reprochable es el crimen que recibiría tal calificación como los demás que no caen en la cuenta de los llamados delitos naturales.

Ahora bien: veamos si la comprobación de la variabilidad ética excluye la posibilidad de definir el crimen.

Al discutir el criterio de Dorado, hemos adelantado algunas nociones fundamentales de psicología social con el propósito de demostrar que si bien el crimen es variable á través del tiempo y del espacio, lo que la conciencia social de las diferentes épocas y lugares llamó crimen, estas calificaciones transitorias eran elementos dignos de ser tenidos en cuenta al intentar una definición del crimen libre de todo apriorismo ético ideal.

Descartando el criterio perfeccionista, y encarando el problema con criterio puramente biológico, el crimen no puede ser más que la falta de supervivencia en un ambiente ético determinado. Por eso dice muy bien Va-

ccaro: «Todo individuo que forma parte de un grupo de animales gregarios está obligado á seguir un determinado género de conducta, á conformarse con las llamadas «costumbres sociales», que con el resultado de un trabajo, de adaptación, lento y gradual á la vida común. ¿Qué demuestra ser quien se aleja de tales «costumbres»? Demuestra ser incapaz de adaptarse al ambiente social en que vive y por ello es castigado, á verse expulsado y á veces muerto.

Contra todo lo que pueda alegar la metafísica individualista, sabemos á ciencia cierta que el hombre es un animal sociable, que no tiene ningún fin como no lo tienen los terremotos ó las espinas. La teología ya no provoca malos ratos. Si el hombre, como todos los seres vivientes, algún fin tiene, es el de vivir, y para vivir es menester, ante todo, adaptarse, siendo la sociedad una de las condiciones fundamentales de su adaptación.

Su espíritu está lleno de elementos sociales; y repitiendo un pensamiento de Baldwin, diremos: «el hombre es más bien un producto social que una unidad social.»

La actividad gregaria produce lo que Spencer ha llamado el mundo superorgánico. Y así como el cuerpo está lleno de elementos químicos, propios del mundo mineral y orgánico, del mismo modo el espíritu individual está repleto de elementos respirados en el mundo superorgánico. Este tiene propiedades psicológicas que difieren con mucho de las unidades que le componen.

En el hombre que presenta un desarrollo psicológico superior, hallamos lo que Baldwin ha llamado la herencia social, que, según él, es el resultado de una reacción personal sobre la tradición, conjunto de normas transmitidas por las generaciones precedentes.

A mi manera de ver, aunque en el fondo el pensamiento es el mismo, fuera más certero decir que la herencia social es la digestión individual de la tradición.

Las reacciones del individualismo sobre la tradición, que se explican en razón del sexo, edad, temperamento, etcétera, son calificadas por la conciencia social, cuyo fundamento es la identidad ético-psicológica de los componentes de una entidad gregaria.

¿Con qué criterio se realiza la calificación de las reacciones individuales? Con el criterio consagrado por la voluntad social. Hay en ella un punto de vista dogmático, valores éticos de lenta transformación, que se exteriorizan impulsivamente. Por eso bien puede decirse que las reacciones de la voluntad colectiva tienen todos los caracteres de un acto reflejo.

Debemos distinguir dos clases en las reacciones extraordinarias del individuo sobre la tradición: las peculiares del genio y las del criminal.

La eminencia del genio es tanto más evidente cuanto mayor eficiencia y celeridad hay en su singular actividad modificadora de la tradición.

Pueden el genio y el criminal tener un extrínseco rasgo común: el carácter antisocial de sus actividades. — Antisocial! ¿Por qué?—Porque los dos pueden estar en conflicto con el dogmatismo de la conciencia colectiva; pero el carácter criminal de la actividad de un genio es transitorio; la del criminal vulgar nó: es inmediatamente calificado por la conciencia social, en tanto que las reacciones peregrinas del genio tienen la virtud de provocar encontradas corrientes de opiniones. La calificación es lenta, lenta como el proceso de modificación de la conciencia social. Claro está que al hablar de genios, sólo me refiero á aquéllos cuya obra puede tener proyecciones sociales. En este sentido me he permitido comparar la con la del criminal, para con ello poner de relieve el carácter común de inadaptación en un momento dado de evolución social.

Son de opinión algunos criminalistas, Lombroso y Colajanni, entre otros, que el crimen es un fenómeno

atávico, una manifestación que fué legítima en cierto estadio primitivo de la evolución social. Desde el punto de vista actual, el crimen sería, pues, un acto de salvajismo anacrónico.

Pues bien: en el mismo sentido, pudiéramos afirmar que una extremada genialidad sería un caso de atavismo al revés, es decir, una infuturación hiperbólica.

Semejante inactualismo no sería sino la reproducción de un carácter propio de un estadio futuro de la evolución social, en tanto que en el crimen sólo veríamos, como quiere Colajanni, la reproducción de un fenómeno ancestral.

Aceptadas las anteriores consideraciones, fuera lógico sostener que el crimen es un conflicto entre la voluntad social, cuyo órgano es el Estado, forma jurídica de la sociedad, y la voluntad individual, de modo que ser criminal equivale á no adaptarse al ambiente ético.

Pero cabe preguntarse si basta el sólo hecho de tener la habilidad de librarse de la sanción jurídica para adaptarse al ambiente ético.

Este es el pensamiento de Vaccaro, cuando afirma que el crimen es un fenómeno de inadaptación jurídica.

Hay mucho de verdad en el criterio de Vaccaro; pero aunque verdadero, me parece insuficiente.

Entendido el crimen á la manera de este autor, resultaría que sólo son criminales los que van á parar á las cárceles. Los criminales «afortunati» como los llama Ferriani, puesto que se adaptan admirablemente al ambiente jurídico, esos, no son criminales porque no caen en la cuenta de los jueces.

En mi sentir, es necesario conceder mayor amplitud al término adaptación para comprender á todos los criminales, tanto los que consiguen librarse de las miradas de la justicia como los que sufren la sanción jurídica.

Dentro del criterio consignado en las anteriores pá-

ginas, creo que la definición más plausible del crimen sería la siguiente:

La interpretación psicológica de la evolución jurídica revelaría que es un crimen todo acto que implica la negación de los valores éticos consagrados por la conciencia social.

De modo, pues, que la gracia aquella de Tarde, acerca de que ninguno de nosotros tiene la seguridad de no sentar fama de criminal nato en lo futuro, es una afirmación más espiritual que exacta, puesto que nadie es criminal sino en relación con un momento ético determinado.

Coriolano ALBERINI.

1907.

MIRAS Y TE MIRAN

Miras y te miran. Arden tus arrojos
En miradas hondas. Miras y te miran . . .
¡Mas cuán poco dicen tus audaces ojos,
Cuánto aquellos ojos que á tus ojos giran!

¡Oh la obscura ciencia de los ojos claros!
¡Oh el brillar esquivo y en fugaces toques,
Súbitas reservas, tímidos descaros,
Suave floreteo de argentinos choques!

¡Oh la obscura ciencia que por sí contienen
Esos claros astros de los ojos de ellas,
Que el futuro guardan y como astros tienen
Un besar de lunas y un mentir de estrellas!

Saben, cuando ingénuo su mirar te arroba,
Donde más te duela reposarlo lejos,
Y clavarte luego la mirada boba
Porque allí hormiguean pícaros reflejos.

Saben, mientras duermen en cabal mutismo,
Insinuar promesas de bondad cercana,
Porque así tus sueños poblarán su abismo
Y á adorar tus sueños volverás mañana.

Y tu orgullo saben y tu afán comprenden,
Y contigo juegan que en vencer te obstinas,
Cuando á tí sus flechas silenciosas tienden
En el arco negro de las cejas finas.

—¿ Son así de veras? ¿ una tal sapiencia
Desenvuelve en ellos estrategias graves,
O es que les tememos, y por toda ciencia
Les bastó ser lindos y mirar tan suaves?

No lo sé. Aun no llegan al cenit sereno
Ciertos claros astros que en mis cielos giran...
Pero te distraigo, y el momento es bueno,
Y eres invencible. Miras y te miran...

Carlos OBLIGADO.

1912.

Condiseípulos

—¡Francisco!

—¡Gabriel!

Hubo un abrazo trémulo, á Francisco se le cayó una gruesa carpeta de cuero de becerro que recogió velozmente, con vergüenza; llevaba en ella, cuarenta análisis gramaticales y una rosa marchita. Francisco era profesor de idioma nacional y estaba comprometido con Albina N. . . ., una chica robusta y millonaria, de la que se enamorara, sorbiendo helados en Mar del Plata.

—¡Diez años, Gabriel! murmuró arreglando los papeles y escondiendo la rosa.

—¡Diez años! ¡sí, diez años! contestó el bohemio.

Caminaron en silencio. La dulzura nocturna desbordaba mansamente, su lago de claridades sobre la plaza San Martín; algunos árboles parecían enormes construcciones de esmeralda; sonaron bocinas lejanas.

—Sentémonos?

—Bueno, estoy cansado.

Francisco recostándose sobre el banco sacó cigarrillos, Gabriel contempló con voluptuosidad, el que le ofreciera.

—Turcos, turcos, Gabriel; elaborados expresamente para mí y con monograma.

Algo lento, pesaroso, se arrastraba en las sombras, una gruta monologaba vocablos de cristal, los dos amigos no cambiaban palabra, Francisco miró los botines embarrados de Gabriel; Gabriel miró el rubí que brillaba en la corbata flamante de Francisco.

—¿Qué es de tu vida?, preguntó éste, acariciando con mano peluda y resplandeciente su curva abdominal.

—¿Y, tu madre, Gabriel? Me acuerdo de ella, ¡qué buena señora!, nos resolvía los problemas, ¿ya está jubilada?

—Murió.

—Lo lamento, mi pésame.

—¿Tu padre, sigue siempre con su fábrica de alpargatas?

—De calzado fino, Gabriel; él también murió.

Instintivamente recordaron cosas lejanas: el Colegio Nacional, las rabonas, el profesor de matemáticas, Ilúriz, á quien siempre se le veían las cintas de los calzoncillos.

—Tú eras muy inteligente, el mejor alumno de la clase; yo era un bruto, ahora tengo una cátedra de idioma nacional, enseño en la misma aula en que fuéramos alumnos.

—¿Te has diplomado de profesor?

—No, soy abogado, tengo cuñas, mi novia es sobrina del ministro X.

—¿Cuándo te casas?

—El invierno próximo, tú ¿no tienes novia?

—¡No!, la voz del bohemio se estrangulaba.

—Es muy bueno amar, aligera la cabeza, á mi me hace olvidar los expedientes de la secretaría.

—¡Ah! ¿también eres secretario de juzgado?

—Hace dos años, me gusta esa vida.

—¡Feliz de tí!

Francisco adivinó una aguja de mordacidad.

—Hay que contentarse, cuando no se tiene un gran caletre, lo mejor es bajar la cabeza, murmuró.

—¡Es cierto! ¡es cierto!, los ojos de Gabriel brillaban, pero no quiso devolver el golpe.

—Y, tú, ¿qué haces? ¿eres empleado?

—No, periodista.

—Ya, ya; el periodismo me parece un desnucadero, seguramente, escribes?

—Sí.

—¡La literatura!, ¡la peste, la enfermedad nuestra!

—Son muy aromáticos tus cigarrillos.

—¿Qué has producido?

Francisco sabía que Gabriel era poeta, pero quiso simular ignorancia; admirándolo secretamente, sentía un maligno placer en no revelarle que leyera sus versos.

—Publiqué tres libros de poesías.

—¡Pobre Gabriel!

Los carros de limpieza llenaban la calle de gemidos roncós, perdíanse cantares en las sombras, la claridad circular de una lámpara iluminó el rostro de Francisco, á Gabriel le pareció una manzana roja, en la que con un mondadientes, lánguidas manos, hubiesen trazado algunos agujeros.

—¡La literatura! ¡la literatura! proseguía Francisco, amortiguando su voz con el puño de plata de su bastón; puesto sobre los dientes; hay que dedicarse á cosas prácticas!

—¡Lengua de Sancho!

—Sin duda, has de ser decadente, también yo escribí versos fantásticos, pero ya me olvidé de eso; una de mis dificultades era la rima ¿te cuesta esfuerzo, á tí?

—No.

—Es imposible vivir de los versos, además, ¿qué son los versos que se escriben ahora? ¡psh!, otra de mis dificultades era la métrica.

Guardaron, de nuevo, silencio. Gabriel sentía la pesadez nocturna agobiándole el alma; las aceras húmedas, se prolongaban en lontananza interminable, y, sobre su fondo luctuoso, las lámparas ponían una melancólica polvareda de oro: era el sueño de Buenos Aires, profundo é igual como un mar en calma. Chocó con un cuerpo blando, la masa yacente dijo palabras obscenas, ayudóla á incorporarse, y vió una cara sucia de vino. El borracho alzando un puño, miró á Francisco, sus ojos, en los que brillaba la luna, tenían algo de horrible, luego cayó pesadamente.

A Francisco le temblaban las piernas, ¡rico tipo!, balbuceó. A fin de dominar su emoción, tomó á Gabriel

del brazo, el miedo aumentaba su afán de confiancias, marchando velozmente, dijo que tardaba media hora para hacer una quarteta, y, que por eso, deseoso de notoriedad, se había dedicado á la crítica; verdad que ya todo pasara, ráfagas de la juventud.

—¿Te dedicaste á la crítica? preguntó espantado Gabriel.

—¿Si ¿crees qué es tan difícil? crítica de literatura de arte, de todo, hice yo.

Entraron en un bar, Francisco, lleno de obsequiosidad, hizo destapar una botella de champaña; hablaron de los Nibelungos, de Wagner y del adverbio; por fin, con voz temblorosa, pidió á Gabriel, un acróstico rimado.

—Es para mi novia, se llama Albina.

Gabriel estaba muy pálido, el champaña hacía mal á su estómago vacío, se levantó trémulo.

—Yo no escribo acrósticos ¡cabeza de lombriz!

Francisco se defendió, no era cabeza de lombriz, por cuanto, muchas veces, redactaba sentencias á las que, el juez, ponía su firma, profesor de gramática, secretario de juzgado, novio de una sobrina ministerial y, cabeza de lombriz!

Indignadísimo pidió otra botella.

Iban algo ebrios. Francisco, musitando el sólo de Cavaradossi, se interrumpía para alabar la belleza de la vida. Había sido juicioso, su padre dejárale una fortuna, era profesor, abogado, pronto sería consorte; la sangre se le dilataba en espumosis de energía.

—Tú debías haber sido como yo, ¡cabeza local!
El bohemio levantó hacia él sus ojos lúcidos.

—Y, ¿qué eres tú?, preguntó con rabia.

—Un hombre feliz.

Gabriel lanzó una bocanada de humo, sentía como si dentro de su ser, se rompiese una cuerda cristalina, pensaba en las vallas opuestas á su ventura: su carrera fracasada, su madre muerta, ni un sólo amigo en el mundo; pensaba en los asaltos del destino, que redujeran á trizas

sus potencias, ¡y, él las hubiera querido, tan luminosas, como esas estrellas, muy altas, en sus engastes de azul! Advirtió la sangre, hecha flujos de ceniza, y, sin embargo se consideraba felicísimo, comparado con aquel hombre feliz, de cara roja y vientre enorme, que le pidiera un acróstico. ¡Sí!, el futuro no era más que un relámpago, y en igual pudridero terminarían, sin duda, sus ensueños, ése vientre y ésa cara; más, ¡cuán bellas perspectivas no tenía su martirio, su porvenir sin rumbo! Creyó ver en la luna, una mano generosa de fortaleza; debía triunfar, la senda elegida era la verdadera: su corazón cantaba!

Se despidieron:

¡Adiós!

¡Adiós, Gabriel!

El bohemio se alejó por las calles desiertas, hacia el negro destino.

Arturo H. VAZQUEZ.

Himno de los Estudiantes Americanos

(Letra del poeta peruano D. José Gálvez).

Coro

¡Juventud, juventud, torbellino,
soplo eterno de eterna ilusión,
fulge el sol en el largo camino
que ha nacido la nueva canción!

Estrofas

Sobre el viejo pasado soñemos,
en sus ruinas hagamos jardín,
y marchando al futuro cantemos
que á los lejos resuena un clarín.

Coro

La mirada embriagada en los cielos
y aromados por una mujer,
fecundemos los vagos anhelos
y seamos mejores que ayer.

Coro

Consagremos orgullo en la herida
y sintamos la fe del dolor,
y triunfemos del mal de la vida
con un frágil ensueño de amor.

Coro

Que las dulces amadas suspiren
de pasión al mirarnos pasar,
que los viejos maestros admiren
al tropel que los va á superar.

Coro

¡Juventud, juventud, torbellino,
soplo eterno de eterna ilusión,
fulge el sol en el largo camino
que ha nacido la nueva canción!

EVARISTO CARRIEGO

† el 13 de Octubre

No conocíamos personalmente á Carriego. Sabíamos que era joven y como gustábamos sus versos porque eran tan suyos, tan humanos, tan íntimos, tan sugestivos y tan sencillos, nos prometíamos saborear una rica y larga cosecha.

De pronto, lo inesperado: Carriego ha muerto. . . Una perplejidad dolorosa nos acompañó durante todo ese día. ¡Carriego ha muerto! . . .

¡Pobre poeta! Tal vez hizo bien en morir. . . Porque nacer poeta y pobre en estas tierras, es nacer vencido. Tierras de negocio. . . y ellos, los poetas, que nunca han podido aprender á ganar dinero ni á guardarlo!

El destino tiene ironías bien crueles: ellos que han nacido para llenar el mundo con el perfume de sus cármenes son, acaso, los que más tienen que encharcarse en la salvaje conquista del pan de cada día. Ellos, los eternos cantores del amor y de la mujer, son vencidos á poco que tengan como rival algo así como un mercachifle enriquecido. . . Tal vez hizo bien en morir. A veces se empieza á vivir cuando se muere.

¡Pobre Carriego! ¿Sabrán que te has muerto las costureritas de tu barrio que eran, tú bien lo sabías, las costureritas de todos los barrios? Esa caravana de caritas pálidas que va dejando por las calles su estela de risa fresca y de gracia femenina, ¿sabrá que ha muerto el poeta que cantaba las penas íntimas que esas risas esconden y enmascaran?

¡Oh, la pequeña tragedia de los hogares destartados porque la costurerita no volvió una noche! . . . Más de una en el taller, mientras cosía la liberty de la regia clienta, revivía, pensando en tus versos, la triste novela de su vida . . . También ella, cierta noche . . . ¡Oh, el infame! Y cómo lloraba la madre cuando ella volvió. Y el padre, el viejo genovés . . . quería matarla y matarse de vergüenza. Después, felizmente, todo quedó en la nada.

Fué Carriego el poeta del dolor de los humildes, de los dramas sin aparato que se viven en la vida ingenua de la ignorancia y de la miseria.

Con su muerte, pierden las letras argentinas á un poeta «natural», identificado con un medio y con un dolor.

Sea este su mejor elogio: érase un poeta sin artificio, poeta que se inspiraba en el mundo reflejado en su propio espíritu, y ésto en un país donde la mayoría de los que hacen versos «todo lo aprendieron en los libros».

C. M. B.



A Teresa ⁽¹⁾

¡Oh, las últimas horas de aquella tarde triste
en que lloroso y mustio desde el balcón me viste!
Bajo el celaje triste de aquella tarde fría
se agitaron las alas de mi melancolía;
y mis ojos, buscando con amor los balcones
donde habitaran siempre seráficas visiones,
descubrieron tu forma por la neblina envuelta
y tu pañuelo inquieto como una alondra suelta.
¡Oh, el instante supremo de nuestra despedida
en que aprendí las hondas tristezas de la vida!
Palideció mi frente, como la faz de un muerto,
ante la esfinge extática del porvenir incierto;
y mis pupilas fijas en tu blanco pañuelo,
confundieron sus aguas con las aguas del cielo.
¡Oh, las últimas horas de aquella tarde triste
en que lloroso y mustio desde el balcón me viste!
Bajo el celaje triste de aquella tarde calma
se estremeció de pena lo íntimo de mi alma,
y á la postrer mirada á tu balcón lejano,
besándote mis ojos, te saludó mi mano.
¡Oh, el instante supremo de nuestra despedida
en que aprendí las hondas tristezas de la vida!

Luis MATHARAN AGUERRE.

Vapor «Orita», á 7 de agosto de 1912.

(1) Este trabajo de nuestro delegado al Congreso de Lima, apareció en la revista universitaria "Juventud", de Chile. Nos hemos permitido transcribirlo sin el consentimiento de su autor, que no hubiéramos obtenido. Le pedimos disculpa.

Dos escenas de amor

(Ensayos para una comedia que «tal vez» se escriba)

CARLUCHO - MUCAMO. Luego, MARIA ELENA

(Carlucho, novio de María Elena, sospechando algo anormal en el estado de su salud, ha consultado a un médico en la mañana de esta escena. El médico lo acaba de declarar paciente de una cardiopatía.—Carlucho llega desesperado a casa de su novia, en la cual ocupa el cargo de secretario. Lleva una agobiadora lucha interna, pues ya no puede casarse con María Elena... A menos que... podría callarse y satisfacer así su egoísmo. Pero esto repugna a su hombría de bien. Está decidido. La llama para decírselo todo y cortar, de una vez, el terrible nudo gordiano.)

Mucamo.—(Apareciendo por el foro, á las llamadas de Carlucho). Mande, el zeño . . .

Carlucho.—Si está la señorita desocupada, dile si puede venir un momento. (El mucamo tose maliciosamente). ¿Qué hay?

Muc.—Na: una picazoncilla en er erzófago. Argú microbio que está riñendo con su suegra. Voy ensegúa. (Vase por el foro).

(Carlucho se pasea pensativo. Al rato aparece María Elena por la izquierda. Entra muy contenta, tarareando y dando palmadas como una chiquilla. Al principio del diálogo se hace la enojada).

María Elena.—¿ Me llamaba, el señor Carlucho?

Carl.—María Elena . . .

M. El.—¡ María Elena! Muy bonito. Toda la mañana sin preguntar por mí. ¿ Sabes qué hora es?

Carl.—Las diez y media. Nada más.

M. El.—O lo que es lo mismo: te libraste del castigo por cosa de minutos.

Carl.—¡Del castigo!

M. El.—Sí, del castigo, como lo oyes. ¿Sabes qué castigo? ¿No? Pues mira: me iba á declarar en huelga.

Carl.—¡Maruja! . . .

M. Elen.—Sí, en huelga. Yo espera que te espera y el señorito como si nada. ¡Oh! te advierto que si antes de las once no me hubieras llamado, no venía, no venía y no venía.

Carl.—Sí, venías. Vaya si venías.

M. Elen.—¡Pretensioso!

Carl.—¡Estuve tan ocupado!

M. El.—Ya sé, ya sé: no me digas nada. Los negocios, oh, los negocios. ¡Dichosos negocios!

Carl.—Y es verdad, los negocios . . . y qué negocios!

M. El.—¡Jesús, Jesús! ¡Qué aire de misterio! ¿Pero qué tienes? Te noto triste . . .

Carl.—Nada, un poco . . . un poco cansado.

M. El.—(Mimosa). ¡Pobrecito! No quiero que trabajes tanto.

Carl.—¡Qué! Si no es el trabajo. Es otra cosa. Es que estoy . . . (no se anima; ella lo mira ansiosamente. Carlucho reacciona). ¡Pero qué digo! Tonterías. Sí yo junto á tí renazco . . .

M. El.—No te comprendo una sólo palabra.

Carl.— . . . Es el milagro de tus ojos húmedos de Madona que tienen vida para regalar.

M. El.—¿Verdad? Pues toma la que quieras (se miran fijamente).

Carl.—Gracias, Maruja, por tu evangelismo ¿Ves? Ya me encuentro mejor.

M. Elen.—¡Con una medicina tan barata!

Carl.—Que para mí es la más cara, quiero decir, la más querida.

M. El.—Bueno: ahora, fuera tristezas. Quiero que estés alegre como yo. ¡Si vieras lo contenta, lo contentísima que estoy! ¡Vamos! estira ese ceño que parece que no has dormido. Mira: te voy á mostrar una cosa

requetelinda, todo mi trabajo de esta mañana (le muestra un papel) ¿Eh? ¿qué te parece?

Carl.—¿Pero qué es esto?

M. El.—¡Y me lo preguntas! ¿No lo estás viendo?

Carl.—A la verdad, no caigo. Parece un dibujo . . .

M. El.—¡Parece mentira! ¡Vaya qué gracia! Un dibujo . . . ¡Y yo que creía que estaba tan claro!

Carl.—Espera: puede ser que con un poco de buena voluntad . . . ¿No es un tatetí? No, no puede ser, porque estas patitas de moscas . . .

M. El.—¡Patitas de mosca! . . . Si son árboles.

Carl.—¡Cualquiera lo adivina! ¡Ah, ya caigo! Es una cancha de law-tennis, rodeada de árboles. Eso es.

M. El.—¡Já, já, já! ¡Qué gracioso! ¿Pero no ves que es el plano de una casa, de «nuestra» casa?

Carl.—¿De «nuestra» casa?

M. El.—Sí, de «nuestra» casa ¿qué te asustas?

Carl.—¿Pero qué dice esta muñeca?

M. El.—Mira: Aquí está la sala. Fíjate qué mona. Una sala chiquita que da sobre el jardín. ¿Para qué más? ¿No te parece?

Carl.—Sí; no me gustan las piezas grandes: son poco íntimas.

M. El.—Aquí, en este rincón, podemos poner el piano.

Carl.—Pero no, mi hija, está mucho mejor aquí, en este otro lado.

M. Elen. — Bueno, es lo mismo. ¡Qué días vamos a pasar!

Carl.—¡Y qué noches! . . . En verano, en el jardín, sentados en un banto, debajo de las estrellas. Tú con un vestido suelto y vaporoso . . .

M. El.—Eso del vestido, déjalo por mi cuenta. Y en invierno aquí, en esta salita, yo en el piano . . .

Carl.—Y yo adorándote en silencio, viendo jugar tus manitas blancas sobre las teclas del piano. ¡Oh, María Elena! . . . (la va a abrazar).

M. El.—(Deteniéndolo) Ea: eso lo dejamos para el invierno que viene. No te anticipes. Mira: en este cuarto,

pondremos el comedor. Y aquí, en este otro, el dormitorio.

Carl.—¿A ver, á ver? ¿Esto es el dormitorio? ¡Hum! me parece un poco chico.

M. El.—¡Chico! . . . si cabemos muy bien (reflexionando). Mira: tal vez tengas razón. Al principio, es claro, alcanzaría. Somos dos . . . Pero después . . .

Carl.—¿Después qué?

M. El.—¡Hazte el inocente! ¡Pobrecito! Pues ahora no te lo digo.

Carl.—(Haciéndose el ingenuo). Sí, dímelo . . .

M. El.—Bueno, pero al oído (se acerca y luego se aleja). ¡Oh, no te lo digo! Buen pillo eres tú.

Carl.—¡Vaya! Basta de tonterías. No hagamos proyectos en el aire.

M. El.—¡Ya salió el hombre serio! Deja que te explique todo, y después hablas tú.

Carl.—Es que yo no puedo, Maruja . . . Tengo que decirte . . .

M. El.—Mira, aquí, en esta pieza, vamos á, colocar tu biblioteca.

Carl.—¿Junto al dormitorio?

M. El.—Sí. ¿Qué te parece?

Carl.—En fin: me parece muy bien.

M. El.—¡Oh! es que yo lo he pensado todo. ¿O crees tú que sólo los hombres tienen talento?

Carl.—No he dicho nada. Y hasta creo que son las mujeres más talentosas que los hombres . . .

M. El.—Muchas gracias.

Carl.— . . . para gastar.

M. El.—¡Zonzo! Bueno, mira.

Carl.—Sea.

M. El.—Quiero decirte por qué razón he puesto la biblioteca cerca del dormitorio ¿no caes?

Carl.—¡Bah! No es difícil. Para tener á mano un remedio contra el insomnio.

M. El.—¡Qué chistoso! Para eso, precisamente, si es que hay libros tuyos . . .

Carl.—Gracias.

M. El.— . . . Y para esto otro: Cuando tú estés trabajando, muy de noche, yo entraré de puntillas á tu escritorio, te tomaré de una oreja y te diré: Señor mío, basta de papeluchos, y á la cama. Y de mañana, en esas mañanas frías de invierno, tú estarás en tu despacho . . .

Carl.—O en la cama.

M. El.—Bueno, pero supongamos que sea en tu despacho.

Carl.—Despacha.

M. El.—No me interrumpas: tú estarás en tu despacho, como siempre, entre librotés. Y yo iré despacito, despacito y te plantaré, en medio de las cuartillas, un pocillo de café bien caliente.

Carl.—(Entermeado) ¡Oh, Maruja! Tú eres demasiado buena. Oye: me hace mal que seas tan buena.

M. El.—¿Te hace mal? ¿Quieres que me ponga mala? Pues toma, toma y toma (le pega suavemente). ¡Descomedido!

(Se sienten risotadas en la escalera).

Carl.—Sube alguien.

M. El.—Es mi hermano. Ya se sabe. Cuando sube él parece que subiera un carro de bomberos.—Adiosito.

Carl.—Adiós, pichona. (Entra M. Elena en las habitaciones á medio correr. Carlucho reacciona contra sí mismo). Está visto: ¡soy un cobarde!

OTRA ESCENA

ISABELINA (chica bonita, elegante y superficial).

ROBERTO (muchacho serio y romántico).

Isabelina.—Le digo que fué en San Miguel, no sea porfiado.

Roberto.—No, Isabelina, fué en La Piedad. Recuerdo hasta esto: que le dije á Carlucho, cuando la ví pasar á usted toda vestida de blanco, avanzando con su pasito nervioso y autoritario. ¿Ves? Esta chica que pasa ha de ser congreanta del «Divino Rostro».

Isab.—¿Por qué?

Rob.—Por la cara.

Isab.—¡Qué galante! ¿Y él que le contestó?

Rob.—El no me contestó nada porque estaba muy ocupado en saludar á usted y á María Elena.

Isab.—Sobre todo á María Elena . . .

Rob.—No sé . . . Pero al saber yo que Carlucho la conocía á usted me puse muy contento. Me prometió presentarme y así lo hizo. Y ésto yo he de agradecer-selo á Carlucho durante toda mi vida . . . La segunda vez que la ví, ¿no se acuerda?, fué en una conferencia de monsieur Margueritte.

Isab.—¡Cómo no! Recuerdo que usted no me sacó los ojos de encima un solo momento. Yo estaba bastante molesta: todo el mundo se daba cuenta.

Rob.—¡Bah, qué importa! . . . Si yo estaba fuera del mundo.

Isab.—Confiese que estuvo usted un poco impertinente.

Rob.—No, Isabelina: encandilado; eso es lo que yo estaba. Además, necesitaba comerla á usted con los ojos...

Isab.—Menos mal que no le dió el apetito por otro lado.

Rob.— . . . Estaba usted como ahora y como siempre, fresca y deliciosa. De su lado venía una ténue fragancia de jazmines . . . ¡Lástima que su sombrero era tan grande! ¡Nunca los he maldecido tanto! El ala del sombrero sólo me permitía ver una boquita milagrosamente chica: era una mancha rosada perdida en la blanca temura de su mentón . . .

Isab.—¡Por Dios, Roberto, que me voy á poner colorada!

Rob.— . . . Sus ojos brilladores los veía sólo de rato en rato. ¡Maldito sombrero! Y los veía cuando usted, haciéndose la desentendida, me miraba de soslayo.

Isab.—¿Yo?

Rob.—Sí, no lo niegue: usted me miraba de vez en cuando.

Isab.—¡Vea si será pretensioso!

Rob.—Y después, ¡las veces que he rondado por su casa! Le juro que me estaba haciendo sospechoso al vigilante de la esquina. Yo creo que ya todo el barrio me conocía. Por las tardes, ¡oh, qué decepción!, sus balcones vacíos, sus persianas cerradas. Me acordaba de aquello de Larreta: «No hay lenguaje más cruel para el enamorado que el de esas maderas cerradas sin piedad y que parecen rechazar ó mofarse en nombre de una mujer». Por las noches, lo mismo: sus balcones desiertos, y un bulto negro en la acera, que miraba para arriba, anhelosamente. Ese bulto negro era yo. Yo que me paseaba en esas noches de invierno, pensando en el verso de Rubén: «Dentro, el amor que abrasa; (se toca el pecho), fuera, la noche fría».

Isab.—¡Pero vea qué lástima! Yo jamás lo he visto cerca de casa. Es cierto que salgo muy pocas veces al balcón: En verano, estamos en Mar del Plata, y el invierno no es época de balcón. Ahora, si hubiera sabido que estaba usted allá abajo, suspirando . . .

Rob.—¡Qué Isabelina!

Isab.—Por lo demás, somos muy poco caseras. Nos aburrimos en casa. Muchas mañanas venimos aquí, á almorzar con María Elena. Por las tardes, si usted hubiera tenido tanto interés como dice, habría sabido que estábamos en el «Palais de Glace», y por las noches, en alguno de los teatros de abono.

Rob.—No lo sabía, Isabelina: me confieso un mal pesquisante. Sin embargo, sabiéndolo, quién sabe si hubiera ido al «Palais de Glace». Porque yo quería encontrarla á usted y poder mirarla á mis anchas, amorosamente . . . Y allá, en el «Palais de Glace» . . .

Isab.—¡Si es tan bonito!

Rob.—Ya sé, no lo niego. Tiene su encanto, como todas las cosas, cuando es quien las mira un poeta. Roldán lo dijo:

«¡Qué voluptuoso compás
el de la danza traidora
de aquella patinadora
que cruza el «Palais de Glace!»

Ligeramente curvada,
lleva, en lánguida expresión,
las manos en el «manchón»
y los ojos en la nada . . .

¡Con qué gracia se desliza
sobre el hielo blanco y terso!
¡Si tiene ritmos de verso
cada giro que realiza!

Va soñando . . . Blanca llama
en sus ojos se ha encendido
y extraño acuerdo ha nacido
entre el patín y la dama;

Soñando va cuando inclina
el cuerpo en arrullo blando,
y va soñando, soñando
la parisién que patina»

(Acompaña con ademanes, el ritmo del verso).

Pero qué quiere: eso, el skating, es demasiado frío, ruidoso y frívolo para que ahí se pueda encontrar á gusto una cosa de tan puertas adentro como es el amor. Eso está bien para pasar el rato y para que tejan allí sus amores ligeros y pantomímicos los elegantes, maestros en los cotillones del Bristol y árbitros de la calle Florida. Pero no para nosotros, los que tomamos la vida en serio, y que sabemos amar de otra manera: intensamente y largamente.

Isab.—¡Por Dios, qué romántico, Roberto!

Rob.—Sí, romántico. Y yo quisiera que usted también fuera así, Isabelina, romántica, como yo.

Isab.—Bueno. Si usted quiere, lo seré. Desde mañana tomaré vinagre para adelgazar y tener ojeras.

Rob.—El romanticismo no es cuestión de ojeras. Usted lo ve, yo no las tengo. Es cuestión de sensibilidad. Es tener las cuerdas del espíritu más vibrantes. Nada más.

Isab.—Sin embargo, Roberto, el romanticismo ya no se usa. Es una cosa cursi. Todo el mundo se ríe de los pocos románticos que quedan.

Rob.—¡Bah! Ese «todo el mundo» es la gente gris. Son los chatos de espíritu que se ríen porque no comprenden. Los románticos no se ríen: suelen llorar. Como son pocos no se encuentran entre sí y se les llama, comúnmente, «inadaptados». Pero cuando dos románticos se encuentran, no van al «Palais de Glace» á buscar el amor, ni al Hipódromo, ni á la calle Florida. Buscan el amor escondido, el amor íntimo, el amor sin testigos, el amor donde puedan beberse el uno al otro mirándose las pupilas . . . (La mira fijamente. Se oye el piano adentro: tocan la «Dance d'Anitra» de Peer Gynt).

Isab.—¿Qué es eso? Ah, es María Elena: nos estará esperando (se ponen de pie y dan algunos pasos).

Rob.—Oiga, Isabelina. (Se detienen y escuchan: hay un mutis como de medio minuto). ¡Qué hermoso es esto! Es música de Grieg. Tiene, en el fondo, algo de ensueño no realizado, una tristeza velada que llega al alma. Ha de ser la tristeza de los países que no tienen sol. (Se dirigen lentamente hacia las habitaciones interiores).

Isab.—Será muy linda esta música. Pero yo, Roberto, qué quiere, prefiero la Viuda Alegre. (Entran en las habitaciones).

C. M. BONET.

Ecos del Congreso de Lima

Informes de la delegación de Buenos Aires

Buenos Aires, Septiembre 1º 1912.—A la Comisión Directiva de la Federación Universitaria:

A nuestro regreso del Congreso Internacional de Estudiantes Americanos reunido en la ciudad de Lima, debo informar á esa comisión de la labor de la delegación argentina.

Mas declaro, desde ya, que no presento este informe con el carácter del cumplimiento de un deber, sino con el sincero y espontáneo placer de quien fué, para su felicidad, miembro y presidente á la vez de esa delegación, que supo obtener el más completo de los éxitos.

No creo oportuno ni práctico un informe detallista. Serán estas líneas breves y sintéticas; y, como su complemento, acompaño los diarios de la capital peruana, donde se encontrará el constante comentario de la labor del congreso y la actitud de la delegación argentina.

Aquel resultó un gran éxito en todo sentido, en el ambiente amable y culto de aquella interesante ciudad que prestaba diariamente el prestigio de su venerable tradición. Entre el gobierno, que le dispensaba la atención de su autoridad y el pueblo, que le ofrecía el fervor de su entusiasmo, desarróllose el congreso en forma seria y cordial.

Se discutieron los doce temas propuestos por el Centro Universitario de Lima y dos de los propuestos por la Oficina Internacional. Convenientemente dividida la preparación de sus temas entre sus miembros, la delegación intervino oportunamente y en forma aplaudida en las discusiones, evidenciando casi siempre su armonía intelectual. Constantemente, y desde la primera sesión, en los temas sociológicos y pedagógicos, defendimos la orien-

tación nacionalista de la educación y el fomento de las disciplinas morales tendientes á la formación del espíritu nacional; y, como podrá verse en la información periodística que acompaño, ese fué el criterio aprobado por el Congreso en todas esas cuestiones.

Cumpliendo la misión de esta Federación, propuse que el Congreso sancionara la adhesión de la Liga de Estudiantes Americanos á la «Corda Fratres», moción que fué aprobada por unanimidad.

Como he dicho antes, no creo oportuno abundar en detalles de las sesiones. Bello final del Congreso fué la elección de Santiago para la próxima cita estudiantil, y en esto tuvimos también nosotros nuestra parte.

La delegación no se concretó solamente al Congreso en sí mismo, comprendiendo que estas reuniones valen mucho por las amistades que se hacen y las emociones que se cambian. En ese sentido correspondimos con toda corrección á las amabilidades sociales, y llevamos nuestra misión intelectual hasta colaboraciones especiales en los primeros diarios de Lima.

Dentro del Congreso y fuera de él, estuvo la delegación á la altura de las circunstancias y de su deber, dentro de los límites de nuestra capacidad. Y si toda ella en conjunto supo sobresalir, yo me hago un deber el recordar especialmente los nombres de los señores Alfonso Corti, Enrique Loncan, Alberto Mazza y Carlos E. Boatti. Como esa comisión sabe, la delegación estaba integrada por ocho delegados de La Plata, distinguidos estudiantes que supieron estar á la altura de la Universidad que representaban.

Este es el informe sintético de nuestra labor, completado por la información periodística, que conceptúo conveniente quede á disposición de los asociados. Creemos haber cumplido con nuestro deber.

Nerio A. ROJAS.

NOTAS DE REDACCIÓN

LA CONQUISTA—

El doctor César Iglesias Paz ha escrito una comedia titulada «La Conquista» que ha representado en el Victoria y luego en el Buenos Aires, con sostenido éxito, la excelente compañía de Balaguer.

Se trata de una comedia brillante, posiblemente de la más brillante comedia salida de plumas argentinas. Está bien pensada, bien sentida, bien desarrollada y bien escrita. Acaso demasiado bien escrita.

Los tipos son corrientes, como cuadra á una comedia burguesa, y no se apartan de su línea psicológica. Hay frases de aguda intención y muchos estados afectivos que, seguramente, el autor ha vivido. La escena final del segundo acto es un fino trabajo que no pondría reparos en firmar el mismo Benavente. En el argumento, se ha dicho, hay algo de «Rosas de Otoño». Es verdad, pero con la ventaja para la obra argentina (pardon) de que es menos frondosa y más directamente educativa. Tan educativa que todas las mujeres debieran conocerla. Les abriría los ojos sobre los peligros de ese abandono espiritual y corporal á que se entregan muchas de ellas después del matrimonio, abandono que afloja y debilita las vinculaciones del hogar.

El doctor Iglesias Paz pronto será conocido en España, país atrasado, que todavía se ocupa de cómicos y de autores. No sería difícil que se hablara de él y que se le publicara el retrato, nada menos que como si fuera un torero.

Aquí, país de trabajo y de empresa, los grandes papeles impresos no tienen espacio para dar importancia á cosas de tan poco momento, ni interés en estimular

á un hombre que ha escrito una comedia . . . ¡Hay tantos asesinos excelentes, tantos jockeys afortunados, y tantos foot-ballers notables que requieren ese espacio y ese estímulo! . . .

LA BIFURCACION DEL DOCTORADO—

Parece que toma cuerpo el propósito de bifurcar el actual doctorado en filosofía y letras, en uno de letras y otro de filosofía. Sería el huevo de Colón. La casa se llenaría de alumnos con la consiguiente repercusión sobre la cultura nacional.

El propósito es perfectamente factible, aún sin alterar los cursos que en la actualidad se dictan. Todo consiste en distribuir acertadamente las materias y agregar algunas complementarias. Se nos ocurre, por ejemplo, esta distribución que formaría verdaderos especialistas con doctorados de sólo 16 asignaturas:

Doctorado en Filosofía:

- 1 Psicología I.
- 2 Psicología II.
- 3 Geografía I.
- 4 Geografía II.
- 5 Sociología.
- 6 Paleontología.
- 7 Historia Universal I.
- 8 Historia Universal II.
- 9 Lógica.
- 10 Antropología Somática.
- 11 Antropología Psíquica.
- 12 Etica y Meetafísica.
- 13 Historia Argentina.
- 14 Arqueología Americana.
- 15 Historia de la Filosofía.
- 16 Ciencia de la Educación.

Doctorado en Letras:

- 1 Latín I.
- 2 Latín II.

- 3 Latín III.
 - 4 Latín IV.
 - 5 Griego I.
 - 6 Griego II.
 - 7 Literatura Argentina.
 - 8 Literatura Americana.
 - 9 Literatura Española.
 - 10 Literatura Italiana.
 - 11 Literatura Francesa.
 - 12 Literatura Latina.
 - 13 Literatura Griega.
 - 14 Literatura Nórdico-europea.
 - 15 Estética.
 - 16 Ciencia de la Educación.
-

LA VOZ DE LA PIEDRA—

Hemos recibido un volumen de versos con el título del epígrafe, obra de nuestro compañero de estudios Arturo H. Vázquez. En la imposibilidad de ocuparnos ahora de este libro nos limitamos, por el momento, á acusar recibo y á transmitir á su autor nuestro aplauso por el esfuerzo realizado y nuestra felicitación por el optimismo que nos revela al escribir un libro de versos en Buenos Aires, ciudad donde la gente está tan ocupada que apenas si tiene tiempo de leer los anuncios de remate.

HASTA EL PROXIMO AÑO—

«Verbum», se despide hasta el mes de abril del año próximo. Como esta fecha va á coincidir, más ó menos, con la terminación del mandato de la Comisión Directiva, y de esta Dirección, por consiguiente, trataremos de que el futuro número sea extraordinario, dentro, es claro, del modesto margen de nuestros recursos.

Buena suerte en los exámenes y «au revoir».

EL NUEVO PLAN DE ESTUDIOS—

A punto de aparecer el presente número, el Consejo Directivo ha sancionado un nuevo plan de estudios. En otro lugar nos hicimos eco de este propósito, sin suponer que tan pronto iba á llevarse al terreno de los hechos, y formulamos un proyecto que ha coincidido, por lo menos en cuanto á número de cursos se refiere, con el presentado por los doctores Rivarola, Castillo y Bunge, que es el aprobado, si bien con algunas modificaciones.

He aquí la parte de la ordenanza que se refiere á los doctorados:

«Para optar al grado de doctor en filosofía y letras se deberá seguir, en forma general y completa, por lo menos una de las tres secciones en que se dividen los cursos de la Facultad».

La sección de filosofía comprende los siguientes cursos: latín I, latín II, latín III, latín IV y literatura latina, griego I, griego II, psicología I, psicología II, biología, lógica, historia universal I, estética, sociología, ciencia de la educación, historia de la filosofía, ética y metafísica.

La sección de letras comprende los siguientes cursos: latín I, latín II, latín III, latín IV, griego I, griego II, gramática histórica, literatura castellana, estética, literaturas de la Europa Meridional, lógica, literatura griega, historia universal I, ciencia de la educación, filología, literatura argentina, historia del arte, literatura latina.

La sección de historia comprende los siguientes cursos: latín I, latín II, latín III, latín IV y literatura latina, griego I, griego II, geografía física, antropología, geografía económica, arqueología americana, historia universal, I, historia universal II, literatura castellana, ética, ciencia de la educación, historia de la filosofía, sociología, historia argentina, estética, lógica.

